

REVISTA DE REVISTAS

BELGAS

LA REVUE NOUVELLE

L'Eglise dans la ville (La Iglesia en la ciudad). Diciembre 1958, pp. 481-527.— Se ponen los cuatro textos que bajo este título reproducen lo esencial de las ponencias del congreso que en el pabellón de la Santa Sede de la Exposición de Bruselas se tuvo sobre la planificación y la construcción de iglesias. La primera ponencia de Chalendar, trata de las tendencias del urbanismo moderno; se exponen las consecuencias económicas y sociales de un urbanismo deficiente y los errores en materia de urbanismo son casi siempre definitivos; el autor más bien quiere exponer las grandes tareas que incumben hoy al urbanismo moderno; primero, la creación de nuevas ciudades de las que se ponen muchos ejemplos; la fecundidad en estas creaciones está unida al aumento rápido de la población y a la evolución de las técnicas, que orienta hacia las ciudades un porcentaje creciente de la población, pero se acomoda hoy más que ayer a ciudades de dimensiones medias; en segundo lugar, se trata de la conducción de las aglomeraciones existentes, y finalmente, de la planificación regional. Las enseñanzas que se sacan son: necesidad de un método preciso de encuesta y de análisis; el urbanismo contemporáneo está resueltamente orientado hacia la acción y hacia el porvenir; es una disciplina de síntesis. El segundo trabajo, de Labbens, trata del hombre de las ciudades, del urbanismo y la religión con la responsabilidad que nos incumbe de hacer al cristianismo presente en la civilización urbana que se construye ante nuestros ojos; todo el género humano se orienta hacia un modo de vida esencialmente humana, que, es estas perspectivas aparece como una mutación que, en el plano geográfico se traduce por fenómenos migratorios, y en el plano socio-cultural por una inestabilidad, sobre todo por la movilidad social. Hoy encontramos migraciones no de grupos sino de masas. No hay que maravillarse de que la sociedad urbana sea poco religiosa; una sociedad de masa, cuya cultura está poco integrada, no puede ser una sociedad de fuerte vitalidad religiosa. El abandono de las prácticas religiosas va unido a la inestabilidad geográfica, social y cultural. En estas condiciones, la misión del urbanismo y sus consecuencias religiosas aparecen claramente. El urbanismo remedia una estructura ecológica inadecuada y aun patológica; restablece los grupos elementales de interconocimiento; la acción religiosa puede arraigar en estos grupos; por eso el plan de urbanismo ha de corresponder un plan de urbanismo religioso. La tercera ponencia, de Wininger, trata de las con-

secuencias religiosas de una política inadecuada de la construcción de las iglesias: el pastor ya no conoce a sus ovejas; del hecho de parroquias demasiado grandes, las ovejas ya no conocen ni al pastor ni al aprisco; la parroquia no se puede expandir en comunidad; la pastoral urbana ya no es misionera; nacen falsos problemas pastorales y queda falseada la organización eclesiástica. La cuarta ponencia, de Houtart, trata de la conducción religiosa de los territorios urbanos; se estudia la parroquia urbana como grupo social, ante las realidades no parroquiales como autártica. Luego se estudia el medio urbano con su población, los hechos sociales urbanos, la superación de la dimensión local. Se dan unos principios de la conducción religiosa de las ciudades: su estructura geográfica y religiosa; los medios socio-profesionales y socio-culturales; las instituciones sociales culturales, de salud, etc., los servicios comunes; la organización de los sectores de pastoral, las parroquias y los sitios de culto.

CANADIENSES

RELATIONS INDUSTRIELS

GASTON CHOLETTE: *Le partage des profits dans les negociations de l'industrie de l'automobile en 1958* (La participación de los beneficios en las negociaciones de la industria del automóvil en 1958). Abril 1958, pp. 154-160.—Mientras en 1958 el sindicato del automóvil de EE. UU. para negociar el convenio colectivo ha propuesto como primer fin la participación en los beneficios, de manera que el 50 por 100 fuera para el capital, el 25 por 100 para los consumidores y el 25 por 100 para los trabajadores, en cambio en 1949 se manifestó adverso en un documento que publicó en que se apuntaban las siguientes desventajas de esta participación: la flexibilidad que trae consigo la participación en los beneficios es un veneno para los trabajadores, pero un tónico estimulante para el amo; los planes de participación disminuyen el poder de compra, hacen que los trabajadores paguen las equivocaciones de la empresa; la participación es un paso atrás; es un esquema usado por los capitalistas para sacar capitalistas de los trabajadores; los métodos contables no son familiares a los trabajadores; los sindicatos han estado en contra. En cambio, en la convención del sindicato de enero de 1958 se propuso la susodicha participación de los beneficios superiores al 10 por 100. Pero la Big Three, la General Motor, Ford y Chrysler se han opuesto a ello diciendo que su aceptación sería un golpe contra el sistema americano de libre empresa. Estas empresas señalan que Reuther, el presidente del sindicato, no tiene derecho a representar a los asalariados y a los consumidores; sostienen la posición de que los beneficios y los precios están fuera del reino de la contratación colectiva. Se ha de reconocer que el sindicato no considera la participación como un tópico normal de contratación. Insiste en que su petición solamente es un suplemento económico por encima del mínimo básico que una empresa puede tener. Ello se propone a aquellas empresas que en la opinión del sindicato son las que hacen más beneficios. El sindicato advierte que el carácter no inflacionista de su petición en el supuesto de que el dinero que se retira de los beneficios es algo ya ganado y que no se ha de considerar como parte de los costes de producción. La lucha contra la inflación requiere un aumento en el fondo del poder de compra en la nación dando a los asalariados y a los consumidores de la industria una participación en una productividad más elevada.

W. CAMPBELL BALFOUR: *British Unions: A Cultural Analysis* (El sindicalismo inglés: un análisis socio-cultural). Julio 1958, pp. 313-327.—Hasta aquí se ha estudiado el sindicalismo, sobre todo, como una institución económica, política y jurídica, de resultados de los trabajos de Sidney y Beatrice Webb; pero esta perspectiva engaña algo, por donde la importancia de estudios inspirados en la antropología social y la sociología sobre el sindicalismo contemporáneo. Tradicionalmente, el sindicalismo inglés fué la respuesta a la explotación y al arbitrio patronales contra los asalariados. Se comenzó por ver en los sindicatos conspiraciones ilegales, y en los sindicados a criminales. De este período han quedado recuerdos, símbolos, ritos, mas apenas otra cosa. Estos ritos dan cuenta hoy menos de una realidad social hostil que de una necesidad de alcanzar la lealtad y la solidaridad de los miembros del sindicato. Y si el vocabulario de la explotación ha quedado bastante rico, las actitudes de los jefes sindicales, sobre todo, se han modificado considerablemente. El sindicalismo apunta a objetivos más amplios que el vientre lleno y el bolsillo provisto; quiere transformar el régimen económico de concurrencia en un régimen de cooperación, de propiedad pública. La mayor parte de los trabajadores ingleses llevan el sindicalismo en la piel y aun sufren presiones para pertenecer a él; comprenden la necesidad de una comunidad de acción para contrarrestar la fuerza del patrono; el joven, al entrar en el taller, ve en el sindicato fuente de fuerza y apoyo para contrarrestar su inferioridad ante sus superiores. Por otra parte, la diversidad de las industrias entraña la diversidad de los sindicatos. Habrá sindicatos de oficio, sindicatos de industria; hay divergencias entre diversas clases de obreros, pero las semejanzas son importantes para explicar el fenómeno sindical. Poco a poco, el sindicato se desarrolla como una institución ávida de seguridad y estabilidad. Los fondos, a veces imponentes, se emplean en toda clase de empresas; se instala una burocracia para regir sus destinos. Hoy el sindicalismo es aceptado como una pieza integrante de la economía industrial; hay pleno empleo; el trabajador manual ha progresado en la escala social y se acerca al empleado de la clase media; la prensa, la radio, la televisión y el fútbol han acercado a todas las clases llenando de una manera anodina el vacío ideológico de los trabajadores. Las diferencias de salarios han sido reducidas. En vez del frente contra el patrono, se comienza a ver la rivalidad intersindical por los famosos conflictos de jurisdicción y las tensiones entre los trabajadores cualificados y los menos cualificados. La campaña de productividad lanzada por el gobierno laborista de 1948 impuso al sindicalismo una política de colaboración con el patronato. Hoy la actitud sindical ante las nacionalizaciones como panacea es mucho más pragmática, lo que ha entrado en los sindicatos una desafección parcial respecto de la acción política, sobre todo después que el Estado Bienestar ha logrado mejorar los niveles de vida, la vivienda, la salud y el empleo. La concentración y la integración industrial han entrañado el gigantismo sindical, con su cortejo de burocracia, de impersonalidad y debilitación del entusiasmo de los sindicatos. Se registra cierta vuelta hacia las actitudes sindicales tradicionales, por cierto paro e inflación, y por la lucha contra un proyecto de ley que se prepara para prohibir ciertas formas extremas de seguridad sindical. Brevemente, el sindicalismo inglés tiende a acercarse más y más al modelo norteamericano y canadiense; decididamente ha perdido en radicalismo, en conciencia de clase y en actividad política en el decurso del último cuarto de siglo.

FRANCESAS

ECONOMIE ET HUMANISME

ROBERT CAILLOT: *La Famille et l'aménagement humain de la cité* (La familia y la administración humana de la ciudad). Noviembre-diciembre 1958, pp. 402-413.—La realización de estructuras verdaderamente humanas exige de parte de los responsables el cuidado por superar el nivel de los imperativos puramente técnicos o económicos. El autor en un artículo anterior ha demostrado cómo la presencia de la mujer entre estos responsables es una garantía para la salvaguardia de los valores humanos en las decisiones tomadas. Bajo la misma óptica, llama la atención sobre el papel que las familias, por intermediación de sus representantes, han de desempeñar en la conducción de la cosa pública. Por naturaleza y por misión, la familia atiende al destino humano en sus dimensiones más amplias y más profundas; hay que procurar que tome su sitio en la elaboración de una economía y de una estructura más humanas. Nos encontramos ante una situación confusa; la revolución industrial y política ha roto el equilibrio socio-económico, pero las mentalidades no han evolucionado al mismo ritmo; la política se ha convertido en un terreno de lucha para los medios rivales de producción; tanto en el Este como en el Oeste no son las necesidades reales de los pueblos las que imponen la política económica; se racionaliza la producción para evitar los contragolpes del mercado en el Oeste o para realizar los planes político-ideológicos en el Este; en ambos casos tiene la primacía lo económico. Sólo las familias pueden expresar estas necesidades. El mundo económico y político como la civilización técnica no pueden asegurar la verdadera promoción de la familia. La misión social de las familias es la educadora, pero su realización supone una organización a través de movimientos familiares que han de proseguir dos objetivos: expresar las necesidades reales de las familias; sus problemas no se pueden resolver solamente por los técnicos, cuyo conocimiento de lo real es a veces insuficiente; los técnicos tienen tendencia natural no a observar lo real para adaptar a él sus técnicas, sino a proyectar sus desarrollos técnicos sobre lo real para obligarle a adaptarse a aquéllos. Por eso es necesaria la colaboración del cuerpo familiar, que clasifica las necesidades personales y colectivas de las familias, las soluciones serán de orden legislativo en la cima, de coordinación en los escalones intermedios, de cooperación en la base. Por necesidades personales se entienden las necesidades alimenticias, de vestido, vivienda, trabajo remunerador, conocimiento de la psicología infantil, dietética, puericultura, etc.; necesidades colectivas, o sea, sanitarias, culturales, comerciales, transportes. Estos movimientos, en segundo lugar, han de permitir en todos los grados el conocimiento y la satisfacción de estas necesidades; se han de tener en cuenta los fundamentos sociológicos de los cuadros geográficos en las zonas de actividad homogénea. La acción familiar no significa defensa de instituciones retradas. Tanto los agricultores como los obreros han de pensar en el porvenir de las familias. Los movimientos familiares han de desempeñar un papel en la determinación y la ejecución de los equipos colectivos. La realización de todas estas tareas pide una adaptación de los movimientos familiares a la realidad territorial.

Sociologie religieuse et apostolat (Sociología religiosa y apostolado). Suplemento anual 1958, pp. 86.—Tres partes tiene este trabajo. La primera trata de la aportación de la sociología religiosa a la pastoral común. Pastoral y evangelización son nociones diferentes. Francia es al mismo tiempo el país del escepticismo y de la fe; no tiene unidad religiosa. Hay diferentes confesiones, la proporción de los no bau-

rizados queda incierta, pero la existencia de los no bautizados no es un hecho nuevo, sobre todo en París; se hace un balance de las actitudes religiosas en Francia: separados, conformistas de temporada, observantes regulares, devotos, ateos y anticlericales, indiferentes o arreligiosos, deístas, practicantes irregulares, cristianos fervientes. En cuanto a la comunidad de los practicantes, la práctica religiosa varía según el sexo, edad, categoría social, barriadas, industrialización, según el equipo de culto o de clero, según las horas. Se traza el proceso de descristianización: un mundo que no habla más de Dios, falta de impregnación cristiana, el peso de la moral cristiana, el anonimato de la vida moderna, el desarraigo, las condiciones de trabajo, la opción de la clase, los bloqueos de ciertas gentes de Iglesia, sobre todo las burguesas, las evasiones, las edades críticas. Se habla luego de un esfuerzo por apostolado más racional: el trabajo en común del clero, el clero se familiariza ya con los problemas económicos y sociales; una mejor colaboración entre sacerdotes y seglares; se dirige un llamamiento a los sacerdotes y a los seglares para un apostolado adaptado; una nueva administración de la vida parroquial. La segunda parte trata de la sociología religiosa y problemas de evangelización. Primero se hace resaltar el nomadismo de las poblaciones: los desplazamientos diarios, los semanales, de temporada, las migraciones definitivas. Se trazan las zonas misionales, territoriales y sociales de Francia con especial hincapié en la evangelización de la juventud y del mundo técnico como de los extranjeros; hay diversidad de necesidades religiosas según las capas sociales. La tercera parte habla de la mejor mejora de las estructuras eclesísticas y de los dispositivos apostólicos. Los dispositivos de Iglesia son de sí transitorios y piden sin cesar una adaptación. Se trata, pues, del reparto de sacerdotes en el mundo y en Francia, donde se hace sentir su falta. Se habla de la crisis de las estructuras parroquiales urbanas y rurales. Se dan las condiciones de una comunidad humana; para que exista, es menester un óptimo cuantitativo y cualitativo según la diversidad de las clases de edad y de las capas sociales. La crisis de las estructuras parroquiales urbanas viene de su gigantismo. El derecho canónico y el urbanismo condenan este gigantismo que llega a la impotencia en el anonimato. Por eso es necesaria una multiplicación de las iglesias de las parroquias urbanas, que será eficaz en el plano apostólico. El apostolado urbano se ha de racionalizar y ha de obedecer a un doble movimiento: uno de unificación por encima de la división en parroquias y otro de especialización, en función de las clases y de la edad, según las funciones sociales de la parroquia. En cambio, por el éxodo, se impone la reagrupación de las parroquias rurales. Se termina por señalar la necesidad de un apostolado supra-parroquial, y de una mejor preparación del clero para sus tareas.

LA PENSÉE CATHOLIQUE

MARCEL DE CORTE: *Progrès technique et Progrès humain* (Progreso técnico y progreso humano). 1958, n.º 53, pp. 20-38.—La palabra progreso ha perdido su inocencia y su significación originalmente relativa. Queremos el progreso, pero no su contrapartida. De su carácter de relatividad lo hemos hecho absoluto cuya corriente irresistible arrastra a todo el mundo. Tememos que exorcizar nuestro espíritu de la tenebrosa filosofía del progreso absoluto. Se habla del progreso en todo, del progreso científico, del progreso de la democracia, del progreso social, del progreso de la emancipación de los pueblos; ficticiamente nos podemos colocar por encima de este progreso universal. El mito del progreso no es otra cosa que la trasposición, al nivel del tiempo, de la felicidad eterna prometida por Cristo a los elegidos. Es un producto de la descomposición del cristianismo. Es el punto de llegada de otro

fenómeno propio de nuestra época; la desvalorización de lo concreto, la pérdida del sentido de lo concreto, de lo individual, de lo carnal, y la asunción correlativa de entidades abstractas, desencarnadas. Nuestros contemporáneos se han hecho insensibles a la presencia carnal del prójimo: sustitución del sexo a la carne, de la familia como elemento demográfico a los lazos familiares, del moralismo a las costumbres, de la política metafísica a la política experimental, de los discursos a los actos, de la cantidad a la calidad, del número a la selección, de la economía planificada a la economía concurrencial, de las clases y de las masas a los individuos, del diploma a la vocación, de la función y del título a la energía y a la capacidad personal, del saber a la sabiduría. El esquema más general de todas las abstracciones colectivas que nos devoran tiene el nombre de progreso. Lo que disuelve toda presencia concreta se llama progreso. De este mito del progreso se describen sus consecuencias políticas; no dominaría la política a las sociedades contemporáneas si no encontrase en el espíritu humano una tácita complicidad. Se trazan las características de la mística del progreso técnico, ya en el mito del americanismo, ya en el gran símbolo de la colectividad rusa unánime, para forjar con entusiasmo un mundo nuevo. Los sentimientos humanos de admiración y de terror se dirigen a las proezas técnicas. La técnica aparece como un principio absoluto que reina sobre la totalidad de lo real, como una especie de divinidad misteriosa que distribuye según su humor el Bien y el Mal. Se encontrarían así muchos ejemplos de que cada innovación técnica exalta un valor pero degrada otro. Se señalan también las incidencias sociales del progreso técnico, sobre todo, en las interdicciones de origen legislativo y administrativo. Se hace luego una distinción esencial entre los prácticos y los usuarios de las técnicas. Antes los dos coincidían, hoy no. El impacto de los progresos técnicos sobre las sociedades contemporáneas ha tenido incalculables consecuencias, sobre todo por lo que toca a la ruptura de las relaciones sociales. Puede resolver el progreso el problema del fin de la economía: suprimir la penuria de los bienes materiales y procurar el bien común. Mas por una paradoja inaudita, el hombre moderno no quiere alimentarse de pan, sino de ideas y de ideología, que van de la democracia al estatismo. Finalmente se estudia la tecnocracia en relación con los grupos de presión.

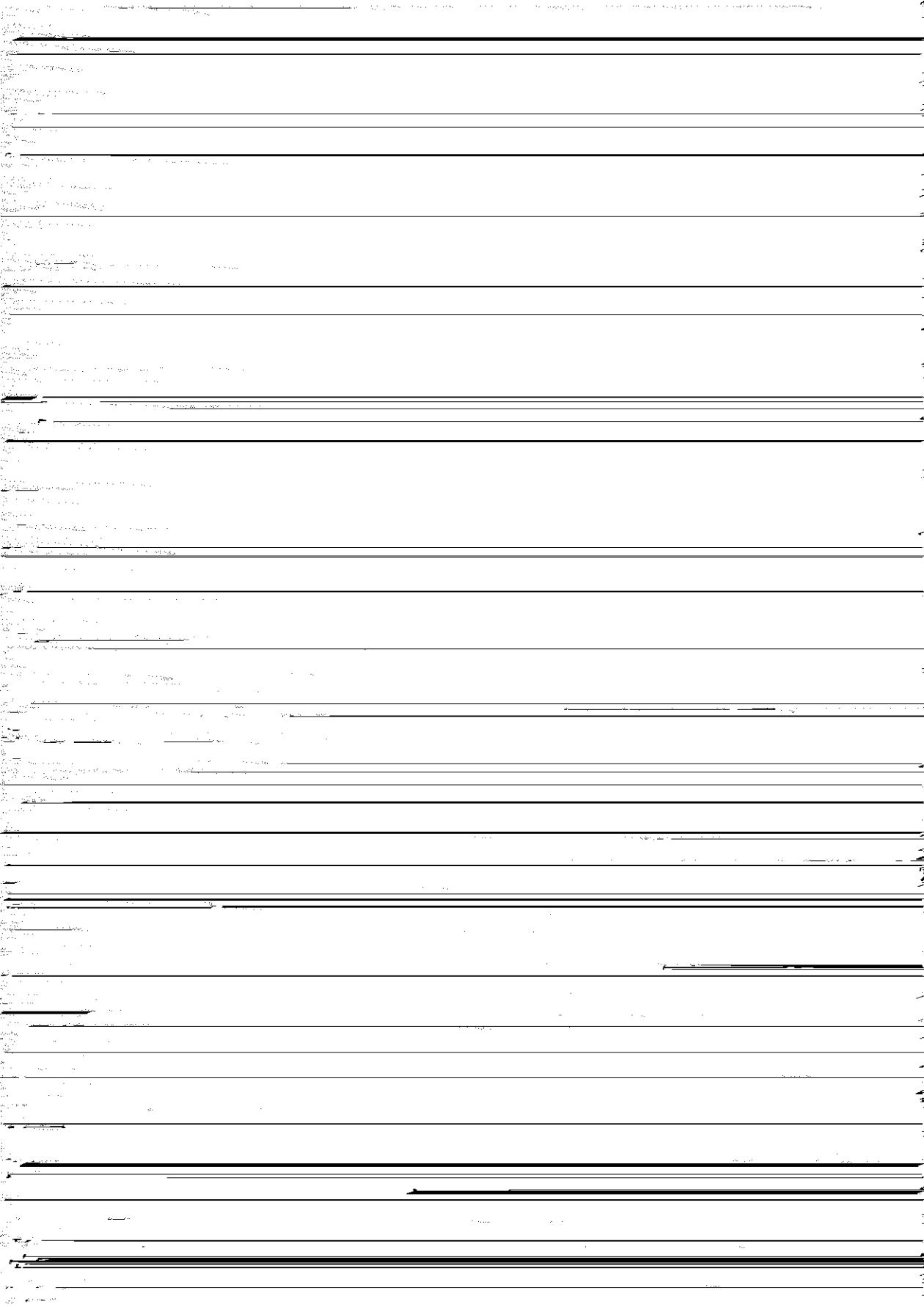
RESPONSABLES

Pour une économie du bien commun (Para una economía del bien común). Agosto-septiembre 1958, pp. 3-92.—Este extenso trabajo es el resultado de los estudios del Centro de Estudios y de Documentación de la Unión Social de Ingenieros Católicos, sobre todo de su consiliario, P. Georges Ducoin, S. J. La introducción trata de los fundamentos dogmáticos de la doctrina social de la Iglesia: vocación del hombre, en una vida en sociedad, en la Iglesia, lo que es la doctrina social, que concierne a la actividad concreta del hombre; la intervención de la Iglesia que juzga de la actividad humana, de las estructuras objetivas de este mundo, que interviene en el orden moral y no técnico, y que se apoya en la ley natural y en la revelación; se expone el origen reciente de esta doctrina social y sus principios de interpretación, como un esquema de su desarrollo. Toda la exposición se basa fundamentalmente en textos de la doctrina social, sobre todo de Pío XII. La primera parte trata de las necesidades del hombre, de sus derechos y deberes fundamentales. El fin de la economía es satisfacer las necesidades del hombre, como ser familiar, que se precisan y se desarrollan, necesidades que se expresan como derechos: de uso a los bienes materiales, los otros derechos dependen de este primero, como el de propiedad, al

trabajo. Estos derechos implican deberes en la vida económica, como el de trabajar y de valorizar los bienes materiales. La segunda parte trata del hombre en las diversas sociedades económicas: en la empresa, de la que se expone su naturaleza, finalidad, estructura, frutos, con las cuestiones que todo ello suscita, como la del salario, la autofinanciación. Se trata luego de los grupos sociales en la economía nacional, como en las profesiones, la concurrencia entre ellas, la lucha de clases y la organización profesional, el puesto de la agricultura, del comercio, de las regiones económicas en la nación, de la renta nacional y su reparto, de la economía internacional, migraciones, ayuda de los países subdesarrollados, las comunidades económicas supranacionales. La tercera parte explana los factores de evolución de las sociedades económicas: estructura de la economía, el problema moral de la concentración económica, de su solución, artesanado, pequeñas y medianas empresas, gran empresa, automatización; la acción del sindicalismo en la economía, su fin, que no es únicamente defensivo, sino constructivo, su tarea educativa y la de evitar el peligro de totalitarismo, su papel en la organización profesional; el papel del Estado en la economía con aplicaciones a la propiedad, al trabajo, a la distribución de las riquezas y a su redistribución, a la producción, nacionalización y sus límites, planificación. Finalmente, la cuarta parte trata del bien común brevemente, que es el fin de toda sociedad, con sus tres dimensiones, la material, la jurídica y la espiritual; ello requiere la subordinación jerárquica de todas las unidades económicas y culmina este bien en la persona. Los principios espirituales que logran el bien común son la justicia y la caridad social, inspiradas en el espíritu de Cristo.

LES CAHIERS DU CLERGÉ RURAL

PIERRE POIRIER: *Communauté locale et civisme communal* (Comunidad local y civismo municipal). Diciembre 1958, pp. 600-611.—En tres partes se divide este precioso trabajo. En la primera, se estudia el papel del municipio en la comunidad local, a la que promueve al rango de sociedad y ayuda a ser una comunidad viviente: aporta el municipio a la comunidad local una estructura societaria de estabilidad y de unidad y le da una comunidad de destino. El municipio es toda la vida de las familias, de las profesiones, de los oficios, de los intercambios y diversiones, organizada en un plan societario, en un plan de orden público y de seguridad que precisa y salvaguarda los derechos y los deberes de todos. El municipio da a la comunidad razones y medios de vivir; disciplina la vida sin captarla, impide la evasión y la dispersión. A la iniciativa de la organización municipal se deben muchos gestos de mutua ayuda, de solidaridad y simpatía. Ello se confirma con palabras de Pío XII. Un municipio que se encierra en una administración sin alma, en un seco juridismo o en un sectarismo partidista falta a su misión. Demasiados municipios han perdido el sentido comunitario. El municipio ha de ser el elemento dinámico, el alma de la comunidad. Un consejo municipal se sentirá impotente ante la amplitud de su misión, pero no se puede negar que posee inmensas posibilidades. Se trata de la movilización de las fuerzas vivas del municipio para una promoción vigorosa del bien común y de la transformación del medio de vida. La segunda parte estudia el bien municipal que, es, en el plano temporal, el mayor bien de la comunidad local. Se aplican luego en la tercera parte los elementos del bien común a la promoción del bien comunal y el servicio de las personas, tareas esenciales del consejo municipal. Esta promoción se hace de tres maneras: 1. Voluntad de progreso y de prosperidad pública; no hay que pegarse a una rutina enemiga del progreso y de una vida verdaderamente humana; hay aldeas en trance de muerte por falta de consejos muni-



HOLANDESAS

SOCIAAL KOMPAS

G. H. I. ZEEGERS: *Die Verantwortung des christlichen Abendlandes für die unterentwickelten Gebiete* (La responsabilidad del Occidente cristiano para con los países subdesarrollados). 4.º año, n.º 3-4, pp. 161-173.—Llama la atención el que en los tiempos presentes el acento que se pone sobre el carácter universal de la Iglesia coincide con la conciencia acentuada de la comunidad humana universal. Los pueblos del Oeste, donde la Iglesia Católica está presente, tienen actualmente una tarea histórica que cumplir al lado de su tarea misional, sobre todo la de procurar a los pueblos de los países insuficientemente desarrollados del Asia y del Africa una ayuda económica, social y cultural. La tragedia de nuestros tiempos consiste precisamente en que estos pueblos nuevos se despiertan a su papel en el concierto de las Naciones, procurando alcanzar el nivel de bienestar de los pueblos del Oeste, pero no se preocupan sino de las realizaciones de orden económico y técnico. Los fundamentos cristianos de la cultura occidental no son percibidos por estos pueblos hasta el presente. En el tiempo de la explotación colonial y del complejo de superioridad que poseía el Occidente estos valores cristianos fundamentales no han sido realizados prácticamente sino en los esfuerzos heroicos de los misioneros. Además el Oeste no tiende a ir en ayuda de las regiones subdesarrolladas sino por medios económicos y técnicos a fin de que puedan mejorar su condición de vida. Se descuida completamente el hecho de que con la evolución económica existe una evolución de otros factores, sociales, culturales y espirituales que no pueden estar aislados, si se quiere llegar a una evolución social integrada espiritualmente y materialmente. «Asistencia técnica» es el nombre bajo el cual la O. N. U. y sus agencias especializadas como la U. N. E. S. C. O., la F. A. O. y la O. M. S., ofrecen su ayuda a las regiones subdesarrolladas. Es absolutamente necesario que examinemos con un espíritu crítico que se trata de una ayuda puramente técnica. Esta encuesta muestra muy claramente que estas acciones han de ir mucho más lejos de lo que su dimensión técnica podría hacer pensar. Penetran, en efecto, en los fundamentos mismos de las estructuras sociales y sobre todo en las reformas de la enseñanza, de la educación, de la salud, etcétera. Es inevitable que estén implicados en estas transformaciones valores religiosos y morales. Este hecho es de la mayor importancia para el trabajo misional. El Oeste debe, en el cuadro de la asistencia técnica, desempeñar un papel muy activo. Las misiones han tomado desde el principio de su acción una gran parte de esta asistencia técnica, en el verdadero sentido de la palabra, dado su sentido de las responsabilidades cristianas. Existen igualmente numerosas organizaciones católicas internacionales que ya han trabajado en este terreno. Pero a pesar de todo el respeto y admiración que debemos a sus esfuerzos y a sus prestaciones, hemos de observar que algunas no disponen del aparato técnico necesario para cumplir su misión de una manera eficaz. Un órgano internacional técnicamente cualificado es absolutamente necesario para coordinar y estimular las actividades católicas al servicio de los países subdesarrollados. Con este fin se fundó en el verano de 1956 en Holanda el Instituto Cardenal Rossum, del que es secretario el autor de este artículo. Los fundadores de este Instituto esperan por su acción haber podido contribuir a reforzar la base técnica y financiera, indispensable para la actividad de los católicos a favor de los países subdesarrollados. Creen haber echado las bases que permitan a los católicos tener un estatuto representativo, a fin de que las organizaciones libres puedan ser consultadas y utilizadas cuando se trate de la realización de los planes intergubernamentales.

INGLESAS

THE MONTH

PAUL CRANE: *The Moral Aspect of State Welfare* (El aspecto moral del Estado encargado del bienestar). Octubre 1958, pp. 197-204.—Se enjuicia la actitud del Estado que ha tomado modernamente sobre sus espaldas el procurar bienestar a todos los ciudadanos, desde el punto de vista de los principios cristianos sobre la dignidad cristiana y la responsabilidad personal en la construcción de la propia vida, en la familia y en las demás instituciones requeridas y desde el punto de vista del principio cristiano conocido de la función subsidiaria del Estado. El Estado Bienestar se puede describir como una situación en que el gobierno provee a la comunidad con ciertos bienes, servicios y beneficios de seguridad que, en el curso normal de los sucesos, el ciudadano responsable proveería por sí mismo. Esto representa por parte del gobierno una usurpación de su función subsidiaria esencial. El gobierno existe para ayudar al individuo, pero no para aquello que el ciudadano se puede procurar por sí mismo. La existencia del Estado Bienestar es testimonio no del éxito del gobierno en promover el bien común, sino de su fracaso. Esta usurpación del gobierno ejerce un impacto en el ciudadano al quitarle la oportunidad de obrar con responsabilidad. Eso lleva a la debilitación de la responsabilidad individual y familiar. El mismo Beveridge decía que la administración de la renta de cada uno es una parte esencial de la libertad del ciudadano. Con la usurpación del Estado, se tiene un género de esclavitud, y el estado del hombre es descrito como propio de un proletario. La esencia del proletariado es una indebida dependencia de los otros. Añádase la dependencia proletaria respecto del gobierno. Mucho pueblo del Este prefiere hoy el estado proletario de los bien alimentados a la intrépida independencia del pobre campesino del Oeste. El individuo al ser tratado como un niño, tiende a ser semejante al niño. Se aplican estas ideas a la responsabilidad para proveer a las necesidades familiares; pero si el Estado provee a ellas, se disminuyen los lazos de la afección y de la mutua responsabilidad. Si el Estado pervierte el principio de subsidiaridad tiende a tratar al hombre como a un niño. Se hacen aplicaciones a Inglaterra, de la que se dice que su campo de concentración no está en Siberia, sino alrededor de su propio corazón. Lo que hay que procurar es extender el campo de la responsabilidad personal. En este momento, el concepto de Inglaterra del sitio del gobierno en la vida del ciudadano es exagerado hasta un grado desgraciado, y demasiados católicos participan de la opinión exagerada de la función del gobierno sostenida por sus vecinos de mente materialista. El propósito de la reforma social católica es no bautizar el proletariado, sino abolirlo.